

PERDIENDO LAS ALAS

por

Chatarrera Nórdica

A ti.

-¿Vendrás a trabajar mañana ?

- Si, claro.

Le extrañó que le hiciera esta pregunta, no había hecho otra cosa en los tres últimos años que ir a trabajar de lunes a viernes al mismo sitio.

Como todos los miércoles, de camino a casa paró en el Reina Sofia, le gustaba ver las exposiciones semanales de fotografía que ofrecía el museo. Aquella semana estaba dedicada a la agencia Magnum. Mientras caminaba observando las fotos no podía parar de pensar en la extraña pregunta que le había hecho. Se conocían de verse últimamente, alguna vez coincidían en en el ascensor o en la máquina de café; ni siquiera sabia si trabajaban en la misma empresa, por lo menos sí en el mismo edificio; no tenían el mismo horario de jornada, porque cuando ella llegaba él ya solía estar allí y siempre se iba más tarde que ella. Mañana le preguntaría a alguno de sus compañeros si saben a que departamento pertenece.

El tiempo era extraño. Aunque estábamos en Noviembre, no se notaba la cercanía del invierno, más bien parecía primavera, aunque si de la Navidad, por lo que resultaba un tanto raro el pasear bajo las calles ya iluminadas sin sentir el frío característico de la época.

Aunque creía que ya se había olvidado del tema, se sorprendió pensando otra vez en la dichosa pregunta, que a su manera de ver, no tenia nada de inocente. Pero tampoco sonaba específicamente peligrosa. Intentó recordar si al día siguiente habría algún evento especial en la empresa que hubiera olvidado.

Nada, mañana era un jueves como cualquier otro.

Al llegar a casa se duchó, se sorprendió repasando sus piernas para ver si estaban bien depiladas, cenó y se sentó en el ordenador un rato. Llevaba cerca de dos años sin tener una pareja estable, pero para calmarse el furor uterino tenia un par de amigos sumisos, reclutados en uno de tantos chats, que solía usar para momentos de aburrimiento o de excitación. Pero aunque esta noche se encontraba bastante excitada, no quería nada de ellos. Había hecho más por su libido aquel día una pregunta que cien lenguas expertas en hacer su trabajo.

No sabía ni tan siquiera su nombre. El tampoco le había llamado por el suyo, la pregunta fue directa, pero estaba casi segura de que él si tenia esta información. Cuantos datos de ventaja le llevaría ? Odiaba no dominar la situación, aunque el morbo del momento podía más que la idea de estar en peligro, sentido que como mujer y chateadora habitual había desarrollado por su seguridad.

Después de navegar sin rumbo durante una hora por internet, decidió meterse en la cama a ver si conseguía conciliar el sueño. Pero en vez de esto, se pasó media noche haciendo memoria de los sitios donde se lo había ido encontrando. Al final el sueño le venció, y hasta que el despertador sonó no volvió a pensar en el tema.

Pero ya era mañana.

Por un momento sopesó la idea de no ir a trabajar, no se encontraba bien, apenas había conseguido conciliar el sueño; incluso en su cabeza aquella excusa sonó ridícula, sabía de sobra que su lado morbosos le impedía quedarse en casa aquella mañana por muy cansada que se encontrara.

Normalmente, no solía detenerse a seleccionar que ropa ponerse para trabajar, pero ese día le dedicó algo más de atención a su vestimenta, al tiempo que empezaba a reirse de si misma.

Al llegar al trabajo le buscó disimuladamente por el hall mientras se dirigía a los ascensores, donde esperaba encontrarle. No estaba. Subió a su planta rodeada de otras personas que no eran él, encendió su ordenador y se dirigió a la máquina de café con la ilusión de hallarlo.

Mientras regresaba a su puesto de trabajo por el pasillo central, repasaba mentalmente las caras de los compañeros que solían sentarse en aquellas mesas, sin ubicarle en ninguna de ellas.

Varias veces fue a la fotocopiadora, a tomar café, a los servicios; e incluso salió a fumar a la calle en vez de hacerlo a escondidas con otros fumadores de su planta en la salida de incendios; durante todo el día estuvo negándose a si misma que lo estaba buscando.

Quizás había sido una broma planificada de algún compañero. Si, seguro que era eso. Mientras apagaba el ordenador y recogía sus cosas, se rió de ser tan pardilla, de haber pasado el día pensando en tonterías con la de trabajo que tenía, acababa la semana y debía dejarlo todo listo, al día siguiente tendría que ponerse las pilas si quería no tener que llevarse trabajo a casa el fin de semana.

- ¿ Vendrás a trabajar mañana ?

Aquella voz la sacó de sus pensamientos. Miró a su alrededor, había llegado a la planta baja sin darse cuenta inmiscuida en sus reflexiones; y allí estaba, en el hall, como el día anterior, frente a ella, soltándole la misma pregunta. Sonriendo, con los ojos brillantes, esperaba pacientemente la respuesta que no lograba articular por la sorpresa, para que engañarnos, muy grata.

- Si, claro.

Le guiñó un ojo y salió del edificio andando tranquilamente. Para cuando quiso reaccionar y seguirle, ya no había rastro de él por la calle. Bueno, al menos sabía que una ilusión no era, que no se estaba volviendo loca, y para ser una broma empezaba a tomar un tinte algo siniestro.

Pero le excitaba la situación. Aunque siempre le gustaba dominarlo todo y llevar las riendas, reconocía que este jueguito empezaba a darle bastante morbo.

Al llegar a casa decidió tomar un baño relajante; .Como fanática de Almodóvar que era, le encantaba evocar la escena de Victoria Abril en la bañera de Átame, pero en su caso sustituía el buceador por un pato de goma vibrador que había encontrado en Estados Unidos. Por primera vez se masturbó pensando en unos ojos, en una mirada. En esos ojos marrón oscuro de brillo especial; un brillo que le atrapaba cada vez que él la miraba, sabía que detrás de esa luz había algo más que le llamaba ... una mezcla de morbo y picardía pero que a la vez le transmitía serenidad. Esos ojos ...

Aunque con la liberación de endorfinas se había quedado relajada, apenas pudo conciliar el sueño; no podía parar de darle vueltas a la cabeza si al deseo de encontrarse al día siguiente con él; se dio cuenta de que necesitaba encontrarse con esos ojos; deseaba saber más sobre ellos.

Por fin amaneció, y aunque otra vez no había dormido nada, se preparó con la ilusión y el nerviosismo con el que va un niño por primera vez al colegio; incluso los mismos nervios le impidieron desayunar en casa, aunque iba sobrada de tiempo; se dirigió a trabajar, despacio, en la fría mañana, dando un pequeño paseo para despejarse, y porque no, para no llegar demasiado pronto y perderse un posible encuentro casual.

Buscó sus ojos en el Hall, en los ascensores, en la máquina de café, en cada una de las personas con las que se cruzó a lo largo del día mientras intentaba concentrarse en su trabajo, lo cual fue una ardua tarea ya que no podía pensar en otra cosa que sus ojos. Ya no se repetía constantemente la pregunta misteriosa, ya no la oía, sólo la veía reflejada en sus ojos.

Se acercaba la hora de salir, los viernes lo hacían a las cuatro de la tarde, y en menos de media hora el edificio quedaría completamente desierto. Cualquiera otro viernes hubiera preferido salir más tarde y acabar el trabajo en vez de llevárselo a casa, los fines de semana eran sagrados, pero hoy deseaba salir a su hora.

Esta vez se encaminó hacia la salida del edificio con todos sus sentidos alertados, quería ver por donde aparecía; si, tenía la confianza de que hoy también volvería a encontrarse, que él la sorprendería de nuevo.

Se desilusionó al salir del edificio sin encontrarse con él. Quizás ya había terminado el juego, o él se había aburrido. O era él quien no había ido a trabajar. Casi tenía ganas de llorar, se sentía como una colegiala encaprichada a la que acababan de romper el corazón. Volvió a casa silenciosa, mirando los escaparates sin verlos, intentando pasear con la mente en blanco para no pensar.

Se sentía como una idiota. Pero también se sentía mal. Se había enamorado ? No, no era ese sentimiento, pero se le acercaba peligrosamente. No, no podía estar enamorada de alguien a quien no conocía y le había sonreído dos veces. Pero no podía negar que le hacía sentir viva, despierta, y le estaba haciendo pensar más que cualquier otro hombre que había conocido, sin conocerle. Había jugado muy bien sus cartas, había sabido engancharla. La picardía de sus ojos le delataba, era como ella. Y él también lo sabía, por eso se habían encontrado. Acababa de entender su juego, e iba a entrar en él.

Sí, le apetecía jugar. Por una vez dejaría que fuera el otro quien llevara las riendas, de momento. Sabía que el no haberle visto ese día suponía también parte del juego: o al menos ese era su deseo.

Pero hasta el lunes tenía que mantener su mente entretenida en otra cosa si no quería volverse loca. Aquel viernes, prefería quedarse en casa tirada en el sofá viendo la tele; quizás mejor leyendo, ya que las porquerías de prensa rosa que copan las televisiones las noches de fin de semana no le interesaban lo más mínimo. Decidió tomar un baño relajante mientras leía "La Venus de las Pielas" de Sacher-Masoch, la historia de Severin, un hombre que se enamora de Wanda, a quien extorsiona para que le trate como un esclavo; ella, que también está enamorada de él acepta ser su Dueña, aunque le da miedo; pero poco a poco se va corrompiendo por la tendencia masoquista de Severin hasta disfrutar con ella; él incluso le solicita que le sea infiel, ya que es el máximo de la humillación para él; su relación termina cuando Wanda conoce a un hombre por el que le gustaría ser dominada.

Vaya, quizás no era la lectura más apropiada para olvidar el tema, pensó riéndose. ¿Y ella? Sería capaz algún hombre de excitarla hasta tal punto de dejarse dominar? Visionó sus ojos. Se sumergió en el agua de la bañera, mejor no pensar en nada.

Después de un baño reconfortante y una cena caliente, se sentó un rato en el ordenador a contestar correos y borrar chorradas en powerpoint, mientras esperaba que Morfeo se apiadara de ella y le acogiera pronto entre sus brazos.

Y hasta la cama la llevó, pero una vez allí empezó a torturarla con el recuerdo del brillo de sus ojos, el tono de su voz, y como una integrante de la policía científica de las se-

ries, empezó a repasar detalladamente en su cabeza todos y cada uno de los detalles que le hicieran recordar al dueño de esa mirada que le tenía tan cautivada. Recordó el gesto de elevar la cabeza cuando le contestaba su “sí, claro”, por lo que obviamente, era más alto que ella. Tumbada como estaba, dobló las piernas y las abrió, fantaseaba con el momento en que viera emerger sus ojos entre sus muslos; pensó en el brillo que desprenderían sus ojos visto desde su posición de amazona cuando estuviera sobre él; e incluso se permitió la licencia de imaginárselos sobre ella.

Recordaba también su espalda, alejándose; recordaba la forma de sus hombros con el abrigo, la amplitud de su espalda, destacaba sobre el resto de las que recordaba en el Hall; acercaba la mano hacia su ingle mientras pensaba en lo que habría debajo de ese abrigo que le daban unas proporciones hercúleas y que se intuían que no era una ilusión óptica creadas por unas hombreras de abrigo estratégicamente colocadas. Sintió la imperiosa necesidad de verle desnudo, de ver su espalda, tocarla, recorrerla con sus labios, frotar sus pechos contra ella, azotarla, lamer su nuca ... después de correse por fin, se quedó dormida.

Le despertó el teléfono. Una amiga con muchas ganas de hablar estuvo torturando su cabeza mientras se levantaba y preparaba un café. Todas las mañanas esperaba encontrarse a George Clooney preparándole un nespreso con una amplia sonrisa, pero esta mañana pensó en él. Le daba cierta rabia no saber su nombre, pero a la vez formaba parte del juego morboso de desconocido total.

Cuando consiguió colgar el teléfono, se sentó en el ordenador a leer el periódico y revisar el correo. En el mundo no había pasado nada durante el tiempo que dormía, no estaba mal; le gustaba especialmente los días en los que el periódico hablaba de banalidades, significaba que de momento, se presentaba un buen día. Este se convertía oficialmente en bueno cuando en el telediario de las tres de la tarde hablaban de videos curiosos de Youtube o el lanzamiento del disco de algún artista, noticias poco relevantes que no le estropeaban el día a nadie. Quizás era una visión un tanto infantil de la vida, pero a ella le divertía.

En el correo encontró varias súplicas de sus sumisos para quedar con ella durante el fin de semana; por un lado sabía que el cuerpo le pedía sexo, contacto carnal con otro humano: el látex estaba bien para una sustitución, pero donde estuviera el molde original... por otro lado no quería dárselo a ellos, no había sido trabajo suyo el que su libido anduviera por las nubes, no se merecían disfrutar de ella. Necesitaba sexo, pero lo quería con él. La niña caprichosa y ninfómana que llevaba dentro ya tenía en mente su próximo objetivo. Si, necesitaba follárselo.

Llamó por teléfono a su despertadora, de acuerdo, quedaría con ella esa tarde para ir al cine, cenar y copa. También entraba en sus planes acabar en la cama con ella, pero no quería desvelarle la sorpresa. Ya que al final había decidido volver al látex por una temporada hasta conseguir su difícil objetivo, al menos que fuera en compañía.

La primera vez que se acostó con ella fue “sin querer queriendo” , como todas las experiencias homosexuales de heteros poco convencidos.

Durante su adolescencia, ambas eran las mejores amigas que se podían tener; juntas compartieron sus primeros amores, sus primeros desamores, sus primeras experiencias sexuales con chicos...eran dos amigas adolescentes al uso.

Recordaba perfectamente aquel día; los padres de su amiga se escapaban de fin de semana, y ella había pedido permiso para quedarse en su casa a dormir; pasarían todo el fin de semana comiendo porquerías, viendo películas y jugando con la consola, el plan sonaba estupendo a la vez que inofensivo.

Comieron pizza, después de vacilar con el repartidor como las dos adolescentes tontas que eran; para su sesión cinéfila, que comenzaba con Carrie y terminaba con la recién estrenada primera parte de Matrix, ambientaron el salón cerrando persianas y cortinas, cocinaron palomitas en el microondas, cogieron coca cola y se apoderaron de la botella de ron del mueble bar, al día siguiente comprarían una igual para sustituirla.

Varias horas y cubatas más tarde, decidieron entrar en la habitación del hermano mayor de su amiga a jugar con su consola, ya que serian incapaces de saber como se enchufaría en la tele del salón. Como pertenecía a un chico, solo tenia juegos de disparos y deportes, así que eligieron el Need for Speed para competir echando unas carreras y con la única regla de que la no vencedora tenia que beberse un cubata de una vez. Estrecharon sus manos para sellar el pacto y se dispusieron a competir a muerte por emborrachar a la otra.

La primera carrera la ganó ella, por lo que su amiga tuvo que beber el cubata de la perdedora; en venganza, su amiga ganó las dos siguientes, así que en un intervalo de diez minutos tuvo que pagar su fallo. El alcohol empezaba ya a hacer bastante mella en ambas, y la botella empezaba a menguar peligrosamente. Otra carrera, esta vez perdió la anfitriona. Chin chin. Por la próxima victoria.

Sentadas sobre la cama del dueño de la habitación, dejaron los mandos, uno sobre la colcha, otro en el hueco que dejaban las piernas cruzadas de su amiga, a la vez que ambas se bebían el cubata que les daría la gasolina para afrontar la última carrera. El mando de su amiga comenzó a vibrar, se había activado la partida sola y su coche recibía bastantes golpes, lo que hacía que el mando vibrara con más fuerza. Con una mirada entre picarona y alcoholizada, se acercó el mando hasta la entrepierna, lo que provocó las risas de las dos. Cada vez que un coche chocaba contra el suyo, el mando descargaba una vibración fuerte que duraba unos diez segundos, dependiendo de la fuerza del impacto recibido. El coche se quedó cruzado en mitad de la carretera, por lo que empezó a recibir bastantes impactos fuertes y seguidos, que hacían las delicias morbosas de su amiga, que, ya excitada, había introducido el mando por sus bragas a la vez que se preparaba otra copa.

Ella cogió entonces el mando que descansaba sobre la colcha, y condujo su coche hasta quedarse al lado del de ella, al que pegó un pequeño empujoncito que repercutió dentro de las bragas de su contrincante, gesto que agradeció con un pequeño gemido. Dio un poco marcha atrás y volvió a embestir su coche, esta vez con algo más de fuerza. Y volvió a gemir, y ella a dar marcha atrás, esta vez con algo más de distancia para que el

impacto fuera más fuerte. Antes de que dejara de vibrar el mando, retrocedió y chocó tres veces seguidas más contra el coche, lo que aumentó los gemidos de su amiga, que ya se había despojado de la camiseta y se pellizcaba los pezones por encima del sujetador; nunca había disfrutado tanto de una partida.

Dio marcha atrás varios metros y la embistió con fuerza, haciéndole gritar, repitió varias veces el impacto con esa fuerza, su amiga deliraba de placer mientras le rogaba que no parara de follarla mientras se frotaba el mando con las dos manos por el coño como una perra en celo, hasta que se corrió entre gritos de placer.

Entre jadeos, con el pelo alborotado, los pezones aún duros después del orgasmo, el mando sobresaliendo de las bragas estaba preciosa; le dieron ganas de abalanzarse sobre ella, besarla, llenar de saliva sus pezones erectos y jugar con ellos, pellizcarlos; tocar su clítoris hinchado, lamerlo, llevarla de nuevo al paraíso con sus manos; pero se conformó de momento con sacar el mando de sus bragas y chuparlo.

-Tienes que probarlo

Sin más dilación, se incorporó de rodillas sobre la cama y comenzó a desnudarla a la vez que entre risas le empujaba hacia la cama con el propósito de dejarla sentada con la espalda apoyada en la pared y las piernas dobladas y abiertas, y en este caso, completamente desnuda y expuesta a los ojos de su amiga; esta le colocó estratégicamente el mando en forma de cruasán para que cada uno de los cuernos quedaran en una zona especial: en contacto directo con el clítoris y estimulando la zona anal, a la vez que por la postura podía ver en la pantalla lo que iban haciendo los coches. Al principio le resultó extraño encontrarse allí, abierta, delante de su mejor amiga esperando a que esta le proporcionara un orgasmo a través del mando de una consola; pero en cuanto recibió la primera vibración de una embestida dejó de pensar, se relajó y comenzó a disfrutar del momento. Cada choque era una explosión para sus sentidos, ahora concentrados en su clítoris; se pellizcaba los pezones con una mano mientras le pedía más rapidez en los movimientos a su amiga, que la torturaba alternando los muy seguidos con los ligeramente espaciados, movimiento que le volvía loca; esta de repente paró, se acercó a ella, mirándola a los ojos retiró el mando, lo lamió sin dejar de mirarla como había hecho ella antes y lo sustituyó por su lengua; su amiga se había atrevido a hacer lo que ella no minutos antes; sintió el calor de su aliento sobre su clítoris hinchado, lo tocó con la yema de los dedos para descubrir que estaba completamente mojado y se dispuso a hacerla vibrar a su manera; y vaya si lo hizo, a los pocos segundos estaba derramándose sobre la cara de su amiga y ahogaba los gemidos con la almohada del hermano de esta.

Aquella partida fue el comienzo de una amistad especial; mientras preparaban desnudas la cena en la cocina, se comprometieron a ser "hermanas de sexo", una variante de las de sangre pero sin pinchazos de por medio: en este caso sus reglas consistirían en ser amigas con derecho a roce durante toda la vida aunque estuvieran emparejadas y montárselo siempre en el mismo sitio que esa primera vez, la habitación del hermano de su amiga. También podían quedar como amigas "normales", claro, aunque durante los años

de la adolescencia casi siempre acababan en la cama experimentando. Aquel dormitorio se convirtió en el templo de placer de dos adolescentes a escondidas del dueño de este. Pensó riéndose que si supiera lo que había pasado entre sus sábanas aquella época, no las habría cambiado nunca.

Y varios años más tarde el compromiso seguía igual de firme. A lo largo de estos años, ambas les habían regalado a sus parejas más “estables” un trío con ellas para sus cumpleaños; las caritas de ilusión de sus partenaires al encontrarlas desnudas sobre la cama, no solían tener desperdicio.

Lucía un tímido sol de otoño aquella mañana, por lo que se animó a salir a realizar las compras necesarias que no había podido hacer durante la semana y porque no, un par de caprichos; un bote del nuevo perfume de Gaultier, Ma Dame, y un sugerente conjunto de ropa interior negra y roja que vio en un escaparate y que le resultó bastante seductor. Aunque pensaba estrenarlo esa noche, sabía en que ojos quería verse reflejada con él puesto.

De vuelta a casa paso por correos a recoger un paquete. Al ver el envoltorio de celofán negro que lo recubría, reconoció enseguida lo que era. Y el empleado de correos también debió de hacerlo, por la sonrisilla pícara con la que se lo entregó.

Abrió el paquete sobre la mesa del salón. Con la costumbre del “embalaje discreto” que usaban los sex shops en sus envíos, siempre quedaba claro de donde provenía el paquete. Quizás el haber impreso una cinta de embalar con dibujitos de pollas hubiera pasado más inadvertida.

Tenía un vicio confesable, sobre todo para el cartero de la estafeta de correos, por los juguetes sexuales. Desde la primera vez que se coló en un sex shop siendo menor de edad, sintió verdadera atracción pasional por toda las clases de objetos que presentaba en sus estanterías. Ese día decidió que de mayor quería regentar una de esas tiendas. Pero como de momento no había sido posible, se conformaba con hacer sus propias cacas sexuales. La gente se gastaba treinta euros en un vino, y ella en unas bolas chinas. En este caso el objeto de su capricho había sido un vibrador por usb con diferentes cabezales y velocidades, el típico gadget que no encontraría en una tienda de informática, probablemente. Era de color morado, con un cable usb bastante largo...y mando a distancia. Se rió. Se le ocurrieron en un momento un millón de usos y situaciones, y en vista de que incluía una práctica bolsa de transporte, lo metió en el bolso como posible complemento para esa noche.

Después de comer se quedó dormida en el sofá, esperaba que la noche fuera larga y tenía que tomar fuerzas. Al despertar, le pareció divertido recordar el ritual de preparación cuando eran adolescentes de los sábados por la tarde antes de salir de caza. Tampoco descartaba la posibilidad de acabar aquella noche las dos con un desconocido en la cama. Y menos si tenía sus ojos.

Se preparó un Bacardí con Coca-cola , encendió la cadena de música y a todo volumen empezaron a sonar las Sledger Sisters y su Lluvia de Hombres, la primera de una colección de canciones que siempre le animaban especialmente cuando las escuchaba.

Se duchó y mientras bailaba hacia el dormitorio con la toalla puesta, sopesó la opción de falda o pantalón. Al final se decidió por ponerse falda, ya que el conjunto que había comprado incluía liguero y era la mejor manera de lucirlo. Además sabía que a su amiga le gustaría, e incluso se lo confirmó, ya que en plena elección de vestuario recibió una llamada suya que le pedía que no se pusiera bragas para ir a la cita, que ella tampoco las llevaría.

El saber que las dos llevaban la misma idea, empezó a excitarla. Decidió entonces completar el conjunto con una blusa semitransparente de color negro que dejara entrever su ropa interior, medias de red para liguero y unas botas de tacón, que quedaban extremadamente seductoras con el abrigo de cuero.

Quedaron en la estación de metro de Avenida de América, mejor que coger el coche ya que juntas nunca sabían como acabaría la noche, y el metro siempre es más fácil de encontrar que un coche. En cuanto pasó el torniquete la vio, estaba apoyada en la pared al lado del cartel de la estación, mirando distraídamente a los hombres que pasaban. Se besaron tiernamente en los labios al encontrarse, y cogidas de la mano se dirigieron al andén de la línea que les llevaría hasta la zona centro.

Cuando estaban juntas se despertaba su vena provocadora, tenían una complicidad especial a la hora de elegir a quien escandalizar o sonrojar, según sus niveles de tolerancia. Al entrar al vagón, semi lleno, encontraron rápidamente a sus "víctimas" para aquel trayecto, el típico grupo de adolescentes que van a emborracharse a las zonas habituales antes de que Casimiro los mande a la cama, en este caso formado por seis imberbes que apenas alcanzaban la veintena, si es que alguno lo hacía. Se colocaron justo en medio del grupo, de pie, y comenzaron a hablar de sus cosas, mientras ellos intentaban hablar unos con otros intentando mirarse a través de sus cuerpos. Con los movimientos del metro, vieron su oportunidad de empezar el espectáculo; en un frenazo, su amiga le tocó un pecho, pidiéndole perdón con un guiño imperceptible para cualquiera; ella le contestó que no pasaba nada, le había gustado que le tocara y que le encantaría que le volviera a hacerlo. Como ellas esperaban, los conejillos se quedaron en silencio al oír sus palabras. Su amiga empezó a desabrocharle el abrigo, dejando ver así la blusa transparente que obnubiló a los chicos, que se revolvieron en sus asientos con unas pequeñas risitas cuando su amiga empezó a tocarle los pechos y pellizcarle los pezones por encima de la blusa, mientras ella sujeta con ambas manos a la barra superior interpretaba su papel con pequeños gemidos. Los seis jadearon cuando ambas empezaron a besarse y sobarse sensualmente marcando sus pezones sobre las blusas, el delirio comenzó al desabrocharse la camisa mutuamente... y la casualidad estudiada de que aquella fuera su parada dejó a los seis jovencitos clavados en sus asientos mientras ellas se despedían de ellos desde el andén lanzándoles un beso entre risas. Ya habían hecho su buena obra del día, sabían que aquella noche media docena de hombres derramarían su esencia pensando en ellas.

Aquello había sido un precalentamiento de verdad, se notaba excitada; en la cola de las entradas del cine, siguieron con su juegucito esta vez para escandalizar a un matrimonio de los de misa y abrigo de pieles que seguro que se quedaron con las ganas de llamar a la policía para que las detuvieran por vagas y maleantes.

Consultada la cartelera, la opción más apetecible y con menos efectos especiales por fotograma fue "Quemar después de leer", película que resultó ser un tanto rara a la par que gamberra, y que hizo que deseara más a Clooney después de descubrir lo que estaba construyendo en el sótano, si fuera su mujer no tendría que esconderse para fabricarlo. Era de los suyos.

Igual que él, en quien había conseguido no pensar en toda la tarde pero que ahí seguía, latente en su cabeza.

Durante la cena le contó la historia de la pregunta misteriosa a su amiga, quien se quedó igual de intrigada y sorprendida que ella; le recomendó que en cualquier caso tuviera cuidado, quería que ambas llegaran a ser un par de viejecitas pervertidas enganchadas a los espectáculos de boys en vez de al bingo.

Decidieron ir a tomar una copa después de cenar, por lo que antes de salir del restaurante fueron al baño para arreglarse el maquillaje. Su amiga se rió al descubrir el consolador por usb en el bolso; después tenían que estrenarlo; del interior de su bolso además de las pinturas, sacó dos pares de juegos de bolas chinas, una para cada una; era parte del juego de la noche; se remangó la falda hasta la cintura, también iba sin bragas como habían prometido ambas; se sentó sobre el lavamanos con las piernas dobladas y abiertas y con la espalda apoyada en el espejo le confesó que le excitaba masturbarse frente a ella e incluso en casa lo hacía colocando una foto suya; ella le propuso hacerlo alguna vez a través de la webcam si tanto le excitaba que le observara; por el brillo que tenía su entrepierna así era, por que cogió las bolas que llevaba en su mano y se las metió a su amiga entre gemidos de placer. Esta se bajó de un salto del lavamanos, y se colocó a su espalda apoyándola con fuerza contra el lavabo desde detrás y observándose ambas en el espejo; su amiga tenía un brillo en los ojos que ya conocía, el de loba en celo sin raciocinio; eso significaba que estaba dispuesta a hacer lo que fuera y con quien fuera por una serie de orgasmos, ninguna se conformaba con menos de tres en sus citas.

Desde detrás le levantó la falda y le acarició las nalgas con una mano, mientras que veía en el reflejo del espejo como la otra mano se acercaba a su boca con el dedo índice estirado, que ella lamió con fervor porque imaginaba donde iba a acabar, y se pellizcó los pezones en cuanto lo notó alrededor de su ano, a la vez que notaba como la primera bola entraba en su vagina. Intentó protestar por el asalto, pero a cambio recibió un azote y que el dedo que rondaba su zona anal la penetrara un poco, lo que le hizo soltar un pequeño gritito de placer. Le encantaba el sexo anal, el cambio del dolor al placer en segundos, en el fondo ella también tenía su lado masoquista además del dominante; y no había nada como tener sexo con una amiga de toda la vida para que supiera usar esos pequeños trucos que le hacían estremecer hasta casi alcanzar el orgasmo.

Acabaron de arreglarse y se trasladaron al lugar de copas más cercano, realmente aquella copa era la excusa para alargar un poco la noche y no ir a provocarse orgasmos mutuamente que es lo que en realidad deseaban.

Mientras consumían el segundo bacardi cola para ella y vodka con limón para su amiga, se acercó un apuesto joven que lanzó la caña invitándolas a una copa más con la estadísticamente correcta idea de que alguna de las dos picaría. Lo que el desconocido caballero no sabía es que acababa de convertirse en un pescador pescado por un par de morenas, y nunca mejor dicho, ya que en una cómplice mirada de esas que solo las mujeres saben echarse decidieron que como aperitivo para la noche, no estaba mal. El primer beso de agradecimiento se lo dio su amiga, después ella; ambas se besaron para demostrarle que iban a estarle muy agradecidas por la copa, a lo que reaccionó pidiéndoles una más. Esta era la última, se dijeron, si no llegarían demasiado borrachas a casa y les costaría más correrse en su fiesta privada. Aquellas frases las escuchó su apuesto pescador que como ya no podía disimular la erección debajo del pantalón, las invitó a irse a la zona de los sofás del garito, más reservada y oscura y donde podría disimular mejor su estado; ellas prefirieron cogerle de la mano y conducirlo a los baños, inusualmente casi vacíos por lo que eligieron el cubículo más pegado a la ventana del fondo para su numerito.

Le sentaron sobre el inodoro, en silencio, se desabrocharon la blusa a la vez, sin hablar y sin dejar de mirarle seductoramente. Se despojaron de sus camisas y sujetadores, a lo que el pescadito respondió estirando su mano, y recibió un manotazo por parte de su amiga; ambas seguían con su sincronizado streaptease, se levantaron la falda hasta la cintura mostrándole la ausencia de ropa interior; él ya había podido reaccionar y se había sacado la herramienta del pantalón, una buena brocheta para el aperitivo; ambas se pusieron de rodillas a la vez y ante el asombro del dueño de la carne le dedicaron una mamada al unísono; compartían su polla como buenas amigas, mientras jugaban la una con la otra y los cordeles que sobresalían de sus coños pertenecientes a las bolas que llevaban metidas, y el aperitivo disfrutaba con cuatro tetas para el solo, sobre las que se corrió a petición de ellas, y que después se esparcieron mutuamente por el cuerpo para acabar con su espectáculo. A ella se le hizo corto, le hubiera gustado sentirle dentro de su culo junto a las bolas; pero también sabía que aquello no había sido nada más que un entrante, como habían dicho.

Después de recobrar más o menos la compostura, recogieron sus abrigos del guardarropa y pidieron un taxi para la vuelta a casa. Durante el trayecto le alegraron la vista al taxista a través del espejo retrovisor primero porque ella olvidó ponerse el sujetador por lo que la visión que tenía de sus tetas era fantástica y porque además su amiga no dejaba de tocárselas y lamerlas a través de la camisa, por lo que había dejado la zona de los pezones completamente transparente.

Llegaron a la antigua casa de los padres de su amiga, cerrada durante los seis meses al año que pasaban en el pueblo; mantenían las habitaciones intactas desde que su hermano y ella se fueron de casa, por lo que podían seguir disfrutando de su rinconcito de intimidad creado en su adolescencia, pero sin la playstation. Era sentarse sobre esa cama y les inundaba el morbo del recuerdo de tantas horas de sexo y confesiones imposibles; ninguna había guardado nunca ningún secreto pudoroso con respecto a la otra; ambas conocían sus puntos de frenesí y lo que les hacía estallar de placer.

Se fueron quitando la ropa la una a la otra desde el portal, cuando llegaron arriba ambas estaban completamente desnudas con las botas puestas y la ropa en la mano; comprobaron que la casa estaba vacía, no se fueran a llevar una sorpresa; cogieron la botella de ron del mueble bar y se dirigieron al dormitorio por tradición; se sentaron sobre la cama, desnudas, se sacaron las bolas, completamente empapadas. Sentadas sobre la cama repasaron sus buenas acciones del día : seis chicos, el tío del bar , un taxista y probablemente el señor de la cola del cine aquella noche eyacularian en su honor. Se rieron. Pensó por un momento en quien le gustaría realmente que estuviera eyaculando sobre ella en ese instante. Su amiga se abrió de piernas y mientras se frotaba el clítoris, le pidió que sacara el consolador nuevo para probarlo. Ella lo lamió antes de meterlo en el coño de su amiga, aunque no hubiera hecho falta por lo húmedo que estaba. Sacó el mando a distancia y le dio un poco de potencia, ante el delirio de su amiga que alucinaba a la vez con el invento, también quería uno. Le hizo sentarse sobre sus rodillas, cabalgándolo, para que no se saliera con futuras vibraciones. Le vendó los ojos, ante el gemido morboso de esta, y le ató las manos a la espalda, a lo que respondieron sus pezones disparándose de la excitación, estado que le facilitaba el trabajo a la hora de estimularlos con la lengua y los dedos antes de colocar las pinzas que tanto adoraba su amiga.

Lo que hasta ahora habían sido unos débiles gemidos, se convirtieron en tortuosos suspiros que pedían más. Besó su boca mientras elevaba el nivel de vibración del consolador dos puntos más, consiguiendo que se corriera salvajemente al tiempo que ahogaba un grito en su garganta. Ella no tenía pensado dejarla descansar, así que elevó al máximo la potencia del consolador y con su mano frotaba el clítoris de su amiga, que se derrumbó en un salvaje orgasmo sobre la cama de su hermano, como tantas otras veces. Ahora tocaba la revancha. Con el vibrador aún dentro, se despojó de sus ataduras, le colocó de espaldas, abrió sus nalgas y comenzó a lamerle el ano a grandes lenguetazos, como si de verdad fuera la perra en celo en la que se había convertido en ese momento, a la vez que le metía dos dedos en su ya muy húmedo e hinchado coño, convirtiendo el momento en un tremendo orgasmo cuando sintió que además unos dedos frotaban fuertemente su clítoris. Al igual que ella había hecho antes, sin dejar que se recuperara de ese primer orgasmo, su amiga sustituyó su lengua en su culo por el consolador ya bien lubricado por sus propios jugos; entró sin necesidad de más lubricación entre los gritos ahogados por la almohada de placer de ella. Le encantaba coger esta postura con su amiga, a cuatro patas sobre la cama con su coño y su culo expuesto a su merced y la cabeza enterrada en la almohada, como si fuera un avestruz cachonda. Le gustaba no leer en sus ojos su siguiente paso, solo vivirlo. Y el siguiente como enseguida notó fue la puesta en marcha del vibrador además de la introducción de las bolas chinas en su coño; sus gritos orgásmicos se confundían con las súplicas de que no parara; y las amigas están para hacerse favores, así que aumentó el vibrador paulatinamente a la vez que le metía el segundo juego de bolas en el coño mientras su cuerpo encadenaba orgasmos ahogados por una almohada, pues su amiga sabía de primera mano que era multiorgásmica ya que fue ella quien lo descubrió una de tantas noches de juegos.

Se quedó tumbada en la cama, boca abajo, derrotada, aún sintiendo los espasmos y escalofríos que le daban después de una serie de orgasmos como aquella. Sintió como su amiga se tumbaba sobre ella y le besaba la espalda despacio, subiendo hasta el cuello, que recorrió con su lengua. Entendió perfectamente esos besos. A su amiga le faltaba un orgasmo de los tres mínimos pactados. Se giró y sus pechos quedaron juntos. Le encantaba sentir otros pezones duros en su cuerpo aparte de los suyos, su piel suave y perfumada; tener sexo con ella era diferente a tenerlo con un hombre. Metió su mano entre ambas piernas, su amiga comenzó a frotarse con ella. Estaba tremendamente cachonda, lo notaba, así que para acabar aquella noche especial la invitó a sentarse sobre su cara y que su lengua y dedos hicieran el resto, a lo que accedió encantada pues reconoció que no era lo mismo hacerlo sobre el frío cristal de su foto.

Ambas se quedaron dormidas sobre la cama del hermano, como tantas otras veces desde que este se fuera a vivir a Japón cinco años más tarde de empezar sus experimentos; aquella era la cama en la que más veces había practicado sexo en su vida, y nunca con su dueño.

Desayunaron juntas y se despidieron en el portal, no sin antes realizar un pequeño intercambio de presentes: le regaló a su amiga el consolador que tanto había disfrutado, y ella se llevó las bolas.

Al llegar a casa tomó una ducha y se cambió de ropa para dar por finalizada la fiesta de la noche anterior, aunque sabía que la recordaría al menos un par de días más por la sensación que tenía de cintura para abajo; había sido una gran noche.

Pasó el resto del domingo como a ella le gustaba, en modo anárquico, en pijama, comiendo y durmiendo a deshora, y arrastrándose entre el sofá y el ordenador durante todo el día.

Por la noche, al meterse definitivamente en la cama, pensó que gracias al cansancio arrastrado durante toda la jornada, y para que mentir, una ligera resaca, había conseguido dejar de pensar durante veinticuatro horas en él. Y pensando en sus ojos se quedó dormida.

El lunes por la mañana casi se sentía peor que el domingo, la resaca había hecho su aparición un día más tarde y se sentía físicamente agotada. Hubiera sido un buen lunes para quedarse en casa, pero recordó que tenía una reunión importante aquella mañana a la que no podía faltar si quería presentar sus nuevas ideas.

Aún así llegó tarde a trabajar, y pasó la mañana entretenida preparando la reunión que tendría lugar antes del mediodía, por lo que acabó olvidándose de su resaca y malestar. Sobre las cuatro de la tarde, justo después de acabar la reunión, recibió una llamada de su amiga para hablar del fin de semana; entre risas comentaron que deberían de repetirlo pronto, pero esta vez en viernes para tener dos días de recuperación; el martes su amiga iba por la zona, por lo que podría pasar a recogerla a la salida del trabajo y cenar juntas. En eso quedaron, y se despidieron hasta el día siguiente. Antes de colgar aclararon

entre risas que a esta cita si podían llevar ropa interior, con arrancársela después estaría solucionado.

Como sólo quedaban cinco minutos para que acabara su jornada de trabajo, empezó a recoger sus cosas para marcharse, aquel lunes necesitaba llegar pronto a casa para recuperarse si no quería arrastrar la juerga del sábado toda la semana. Pero antes necesitaba pasar por la farmacia y la frutería a comprar algunas cosas.

Inmersa como iba en su lista de la compra, se chocó de frente contra alguien. Levantó la vista a la vez que le pedía perdón. Dios, era Él. Se quedó paralizada, con las manos apoyadas aún sobre su pecho por la reacción al chocar contra su cuerpo, y mirándole a los ojos escuchó otra vez la pregunta :

-¿Vendrás a trabajar mañana?

-Ss...si, claro.

Le sonrió y se fue andando hacia la salida como el resto de la gente que había en el Hall, exceptuando ella ya que seguía paralizada con los ojos muy abiertos y sin poder mediar palabra. Cuando consiguió salir de su bloqueo, comenzó a andar hacia la salida, pero tenía la sensación de que lo hacía a un palmo del suelo, se sentía como si flotara. Al percibir el frío de la calle en la cara tuvo ganas de gritar de alegría, pero se contuvo dibujando una gran sonrisa en su cara. Había vuelto. Y había vuelto por ella.

Se le olvidó la resaca de golpe, su cuerpo se electrizó. Siempre tenía el poder de pillarla desprevenida, pero ya no lo haría más. Tenía que saber quien era ese hombre, y porque jugaba con ella de esa manera.

Ya no necesitaba pasar por la farmacia, el malestar resacoso se le había pasado de repente; si en cambio por la frutería, donde además añadió a su compra un pepino de buen tamaño para aquella noche. También su libido se había vuelto a despertar, y recordó el día en que su amiga y ella se follaron el verdulero entero de casa de sus padres, desde las zanahorias y puerros pasando por pepinos y calabacines sin llegar a las berenjenas, las cuales les dieron un poco de miedo. Sabía que, por mucho que luchara contra su cabeza, no iba a poder dejar de pensar en él en toda la noche, así que acabaría con esos pensamientos a orgasmos hasta que se quedara dormida. Era una solución un tanto drástica y de película porno, pero conocía a sus hormonas y esta era la mejor forma de luchar contra ellas y ganarles la partida, agotándolas.

Al llegar a casa se sentó un rato a revisar el correo antes de prepararse para su gran noche; además, para ambientarse, hizo otro pedido en su sex shop habitual, formado por otro consolador por usb y algunos juguetes extras por si volvía a quedar con su amiga. Se excitó recordando los momentos vividos durante el fin de semana, e incluso se sintió un poco culpable por lo ocurrido en el bar, pero se lo achacó al alcohol. No se sintió mal por el hecho de montárselo con un desconocido en un baño al unísono con una amiga, si no porque se había prometido a si misma serle "fiel" hasta que fuera suyo. Pe-

ro tampoco había sido un tropiezo a tener en cuenta, ni siquiera se dijeron el nombre. Había que ver lo zorras que podían llegar a ser cuando estaban juntas.

Probablemente pasaría bastante tiempo hasta que pudiera tenerlo entre sus piernas, si es que llegaba el caso; a no ser que al día siguiente se presentara desnuda a trabajar bajo el abrigo y al encontrarse a la salida ella le sorprendiera a él, creía que el cortejo hasta el apareamiento iba a ser arduo, cosa que tampoco le importaba excesivamente siempre y cuando la historia acabara con orgasmos para ella. No estaba mal formar parte de vez en cuando de un cuento de hadas con tintes eróticos.

Pero ahora mismo necesitaba sexo. Sus hormonas mandaban, y no requerían otra cosa. Pensó en llamar a su amiga y tener una sesión de sexo online con ella, pero tampoco necesitaba que nadie la excitara, sólo correrse una y otra vez hasta que su cuerpo dejara de pedírselo. Aún era pronto, así que se preparó para hacer un jueguecito de los que más le divertían, que además resultaba ser sano y que seguro le ayudaba a cansar sus hormonas.

Se desnudó por completo; en su dormitorio sacó el cajón de la cómoda dedicado a los juguetes; de él rescató un pequeño consolador anal de silicona y su juego de tres bolas chinas con control remoto, le gustaba la tecnología wireless para este tipo de gadgets más que para los informáticos, era mucho más práctico.

Con ayuda de un poco de lubricante se introdujo los juguetes en sus cavidades correspondientes; se vistió con las mallas de licra, sin ropa interior; si se marcaba algo, que fuera lo evidente, amén que la costura del pantalón ayudaba a sus menesteres. Para sus pezones escogió un par de pequeños mordedores que solía poner a sus esclavos debajo de sus camisas de oficinista para que recordaran quienes eran en realidad. Esta vez le servirían para participar en su lucha hormonal. Se puso el sujetador deportivo, la chaqueta, las zapatillas, enganchó el ipod al brazalete y se dispuso a practicar, como alguna otra vez, el arte de correrse corriendo. En este caso escogió la versión más hardcore pues su cuerpo le estaba pidiendo mucha caña, lo normal es que solo utilizara las bolas chinas, por lo que le daba tiempo a hacer bastante ejercicio antes de tener su primer orgasmo.

Hoy calculaba que antes de llegar al parque tendría el primero, y durante su recorrido por este tres o cuatro más, los suficientes para dejarla reventada física y sexualmente. Comenzó a correr con un ritmo pausado para notar como se movían los juguetes en su interior y el ritmo que seguían con las piernas; resultaba muy excitante, además había que añadirle que al sentir el frío de la calle sus pezones se habían endurecido, lo que aumentaba el mordisco de las pinzas que llevaba sobre ellos. Subió el ritmo del trote, aumentando así el roce que recibía; empezaba a sentir calor, pero al contrario de lo pensado provenía de su interior; divisó la entrada del parque, por lo que aumentó la velocidad, lo que le llevó a un sprint final que le regaló un orgasmo salvaje hasta que paró cerca de un banco; todo su cuerpo latía, su corazón iba a estallar junto a sus pezones y su clítoris. Se sentó en el banco a recobrar la respiración, la experiencia había sido sal-

vaje, tanto que solo necesitó una vuelta al parque y un orgasmo más para dar por vencidas a sus hormonas y volver a casa.

Allí se despojó de todos los anexos de su cuerpo y tomó un relajado baño junto a su patito de goma, que le provocó otro orgasmo de propina para dejar las aguas completamente calmadas.

Se preparó una ensalada para cenar, pero el pepino lo guardó para otra ocasión, además que nunca que había gustado su sabor. Con las mismas decidió que la cena del día siguiente con su amiga sería en su casa, así en un caso u otro darían cuenta de la verdad.

Se prohibió excitarse de nuevo. Cenó mientras descubría en su serie preferida que no era el barco de Penny el que iba a rescatarlos. Por fin Morfeo comenzó a darle besos por el cuello y ella se entregó al placer que le proporcionaban sus brazos. Su último pensamiento antes de caer dormida fue que hasta que descubriera su nombre le llamaría Morfeo.

Por las mañanas nunca recordaba el acto de haber puesto el despertador la noche anterior, pero su estridente sonido se lo confirmaba. Lo apagó a la espera de que sonara diez minutos más tarde, mientras acababa de despertarse. Siempre dormía desnuda, en invierno o verano, le molestaba cualquier tipo de ropa; muchas mañanas se despertaba excitada y le gustaba masturbarse antes de levantarse de la cama, aprovechando la tregua del despertador; esos días se levantaba de buen humor y hoy era uno de ellos. Pensó que quizás se masturbaba demasiado para ser una mujer sexualmente activa, pero también pensó que sería una ninfómana desafortunada si no lo hiciera; tres polvos al día son demasiados para echarlos con una sola persona y no matarlo en una semana; se podría decir que era una yonki de los orgasmos, necesitaba y necesitaba su dosis matutina.

Aquel día sabía que su cuerpo le iba a pedir más de la cantidad habitual, así que volvió a contraatacar usando las bolas chinas y unos pantalones como vestimenta, obviando nuevamente la ropa interior, y para sus pezones doloridos del día anterior usó un jersey de suave lana que resultaba muy agradable al contacto, sin sujetador.

Se fue andando a trabajar con la idea de acabar lo que empezara el recorrido en el cuarto de baño de la oficina como otras veces; sabía que no era la única, alguna vez había escuchado un gemido ahogado que se escapaba de la garganta de algún compañero. Siempre masculinos, eso sí.

Según se acercaba hacia la puerta del trabajo divisó una enorme moto aparcada en la puerta. Aún a dos calles de distancia de ella reconoció rápidamente la moto de sus sueños desde que la vio por primera vez siendo una adolescente, una Honda Goldwing, en este caso negra, su favorita. Esa moto le ponía cachonda solo con verla. Jamás había montado en una, sentía pasión fetichista por aquel aparato, se obnubilaba cada vez que veía una por la calle o aparcada. Era la moto de sus sueños.

Aceleró el paso con la intención de verla de cerca antes de que el dueño se marchara; como había predicho en su orgasmo matinal, ya empezaba a ser un buen día. Según se acercaba se fijó también en el piloto : un hombre de buena envergadura, vestido de

cuero negro a juego con la máquina, y un casco también negro con la visera tintada; le dio en su mente un diez a la composición, amo y bestia hacían un buen conjunto.

Se acercó hacia la moto dando un pequeño rodeo, nunca podía resistir la tentación de verla bien de cerca, incluso tocarla disimuladamente si era posible. Se acercó desde detrás, podía ver el reflejo del casco del conductor en los espejos retrovisores. Era preciosa. Negra, brillante, con los cromados relucientes e impecables, sus asientos de cuero en perfecto estado, ese cuadro lleno de luces que no sabía para que servían pero que tanto le impresionaba.. le encantaría tener la oportunidad de montar en una. Al pasar por delante de esta mirando el faro delantero, ya sin disimular, observó por el rabillo del ojo como el piloto se levantaba la visera ahumada del casco. Inevitablemente miró hacia él y se encontró con unos ojos que conocía. Se quedó parada. No podía ser. La sonrisa que le devolvió a través de su mirada, ya que no podía ver bien su cara por el casco, se lo confirmó. Era él. El hombre de sus sueños sobre la moto de sus sueños.

-¿Vienes?

A la vez le ofrecía un casco y unos guantes para que se los pusiera. No se movía. No sabía que hacer. Por un lado su ángel bueno le decía que fuera prudente y que no se largara con un desconocido. Por el otro lado, su lado diablesa se había unido a sus bolas chinas y ambas le pedían a gritos que cogiera en casco y se dejara llevar, esos ojos en los que llevaba pensando una semana no estaban allí por casualidad.

Cogió el casco y los guantes y se los puso. Se dirigió a la parte trasera de la moto, pasando los dedos por la carrocería. Por fin lo iba a hacer. Si ayer había salido del edificio a un palmo del suelo, en ese momento se sentía como un globo de helio. Puso un pie en el estribo, apoyó sus manos sobre los hombros de él para pasar el otro pie y se sentó en el maravilloso asiento de cuero de la moto. En ese preciso instante, como tantas veces había imaginado, tuvo un pequeño orgasmo, quizás inducido por las bolas que llevaba en su interior y lo excitada que estaba, bien porque llevaba media vida esperando ese momento.

Se sentía como una reina en su trono. En cuanto arrancó la moto y se puso en marcha, tomó la noción de lo que acababa de hacer. Se había montado en la moto de sus deseos con el desconocido de sus sueños rumbo a no sabía donde, pero se sentía excitada y feliz. Si iba a morir, era una bonita manera sin duda.

Salieron a carretera. Intentó memorizar por donde iban, pero acabó concentrándose más en la espléndida espalda que tenía delante que en la posible descripción del paisaje que daría en una comisaría. Pasó los dedos enguantados por su espalda, comprobando una vez más si aquello era real ; una mano subiendo por su pierna le respondió que sí, que lo era, al igual que el escalofrío que sintió al notar su caricia.

Aquella respuesta le dio tranquilidad. Aunque reconocía que estaba cometiendo una locura, se sentía tranquila. Estaba excitadísima por la situación, se hallaba viviendo la fantasía que había tenido miles de veces, y no iba a desaprovecharlo. Vio el cartel rojo con las estrellas que indicaba que dejaban la provincia de Madrid, pero no le dio tiempo a fijarse en cual entraban. Varios kilómetros más tarde abandonaron la autovía para tomar

un pequeño desvío que desembocaba en una estrecha carretera flanqueada por una hilera de acacias dispuesta a ambos lados, de las que no se distinguía el final a simple vista. Al término del kilométrico paseo la moto paró junto a una valla de piedra de unos tres metros de altura. Él se bajó de la moto y le ayudó a hacer lo mismo. Guardó los cascos en la maleta trasera, y sacó una mochila que se colgó a la espalda. Le sonrió. Ella hizo lo mismo. No sabía porque motivo no hablaban, ella estaba loca por hacerlo, pero seguía su juego.

El le tendió su mano. Anduvieron unos cuantos metros hasta alcanzar un agujero en la valla del tamaño suficiente para que cupiera una persona.

-¿Confías en mi?

-Si.

No sabía porqué, pero lo hacía. Su corazón iba a mil por la excitación y el nerviosismo, pero no estaba asustada.

Abrió la mochila. Sacó un pañuelo negro que puso alrededor de sus ojos, dejándola sin visión. Seguía confiando en él. Se colocó detrás suyo y sujetándola por los hombros, la condujo a través del agujero del muro hasta un pequeño camino de tierra, por el que anduvieron unos pocos metros, hasta que se detuvieron en seco. Oyó como él se adelantaba en el camino y escuchó lo que parecía el sonido de una puerta grande de madera abriéndose. Notó sus pasos de vuelta y nuevamente sus manos en los hombros la dirigieron hacia lo que ella supuso la entrada.

Al penetrar en la estancia notó el frío característico de las construcciones de piedra. Reinaba el silencio, solo roto por el retumbar de sus pasos, que le hizo creer donde estaba. Al reconocer el sitio, aún con los ojos tapados, hizo que se sintiera excitada, pero a la vez también le asustaba. Por qué él le había llevado a ese sitio precisamente. Y porque exactamente en la moto de sus sueños.

Sintió sus manos desatando la venda. Un pequeño gemido, que retumbó en las paredes, confirmó su excitación frente a la sorpresa. Se hallaba dentro de una pequeña ermita construida en piedra, con pequeños ventanales de vitrinas rojas; a la izquierda una pequeña pila bautismal, a la derecha, el confesionario; cinco filas de bancos de madera llevaban al altar; allí una mesa de piedra sobre la que en su momento se celebrarían las misas, flanqueada a ambos lados por dos grandes cirios, que en ese momento estaban encendidos; tras la mesa del altar, el crucifijo no estaba representado por la típica talla de madera, era en este caso un ventanal en forma de cruz latina con las vidrieras a conjunto con el resto, que a esa hora dejaba filtrar los rayos de sol a través de ella y le daba un aspecto un tanto diabólico a la escena.

- ¿Era así como lo habías imaginado ?

Se sorprendió por la pregunta, y antes de poder contestar, se encontró con sus labios sellados por los de él, notó como sus pezones se endurecían salvajemente hasta el punto de dolerle; Si, así lo había imaginado.

Abrió la mochila y extrajo de ella varios objetos, todos de color negro, que no llegó a distinguir bien. Él la sentó en uno de los bancos de la iglesia. Cogió dos de los objetos y sin mediar palabra se dirigió a una puerta que había en el lateral, presumiblemente la sacristía. Cuando le vio salir de ella su pulso se aceleró, y un nuevo gemido delator se escapó de su garganta: Había cambiado su indumentaria motera de cuero por unos simples boxer negros, unas botas de militar y un collar de perro.

Aquello empezaba a ser demasiado para una coincidencia. Pero le tenía tan excitada el montaje que quería llegar hasta el final.

El se acercó y se arrodilló ante ella. Mirándole a los ojos, tomó uno de sus pies, lo colocó sobre su pierna y comenzó a desabrocharle la bota. Asombrada y al borde del colapso por la excitación, sintió como hacia lo mismo con su otra bota. No es que no quisiera hablar, no podía mediar palabra. La cogió de la cintura para ponerla de pie, él también lo hizo a la vez que le quitaba el abrigo, para después seguir con el jersey y encontrarse con sus pechos desnudos. En este caso el suspiro que resonó fue de él, que enseguida se arrodilló para desabrochar su pantalón y quitárselo lentamente enrollándolo en sus caderas; ella notaba su aliento sobre su sexo a través de la tela del pantalón; segundos después lo sintió directamente sobre su clítoris, para sorpresa de su amante que no se esperaba el regalo; su segundo gemido inundó la iglesia; terminó de quitarle el pantalón y le hizo un gesto para que tomara asiento. Desde el banco podía ver perfectamente la tremenda erección que intentaba camuflar debajo del boxer, e incluso la rozó levemente cuando él volvió a tomar su pie, esta vez para enfundarle en unas impresionantes botas de látex negro con una larga cremallera que cerraba a mitad del muslo, y cuyos tacones se podían considerar más allá del vértigo.

Le ofreció su mano para ponerse de pie. El látex de las botas comenzaba a calentarse al contacto con su piel. Le excitaba sentir el tacto de este elemento sobre su piel. Le sacó de su fascinación por el látex cuando le entregó unas cuerdas del mismo material y un látigo.

Volvió a quedarse sorprendida por los juguetes, no porque no estuviera acostumbrada a utilizarlos, si no porque nadie de su oficina conocía sus perversiones sexuales.

-Si me pegas, me enamoro.

Aquellas palabras eran las que le faltaban oír para convertirse en la loba en celo que solía ser habitualmente. Comenzaba el juego. Y estaba claro a quien le tocaba llevar las riendas.

Le hizo arrodillarse frente a ella, elevó su cara con la mano para que le mirara a los ojos; ahora quería verlos desde su posición dominante; adoraba esos ojos que decían todo sin mediar palabra. Sujeto del collar, lo llevó hasta el altar de piedra. Se colocó de pie, de espaldas a ella con las manos en la nuca como le indicó; aquella imagen se quedaría grabada en su mente para siempre, era la imagen perfecta con la que tanto había soñado; para ella aquel momento era el cúlmén del placer visual. Desde su adolescencia había soñado con el momento de hacer el amor sobre el altar de una iglesia, fantaseaba durante horas junto a su amiga sobre el tema cuando se masturbaban juntas. Y en ese momento era tal y como lo había imaginado; y estaba a punto de hacer su sueño reali-

dad, con un desconocido, tal y como siempre había imaginado ya que nunca fantaseaba con quien hacerlo, si no con el acto en si.

Cuando salió del trance, se acercó a él, recorrió su espalda con la yema de los dedos, pegó su pecho a su espalda; sus pezones se endurecieron al cálido contacto de su piel; la rozó ligeramente con sus labios; era la espalda perfecta para ser azotada. Usó la cuerda que le había facilitado para atar sus brazos a cada una de los candelabros que sujetaban los cirios que presidían el altar ; la falta de la figura del cristo crucificado la supliría él; si esa fuera la imagen de las iglesias, ella ahora seria monja, pensó riéndose. Pero prefería perder sus alas de ángel como le dijo que le pasaría una monja en el colegio, cuando le pilló besándose con un chico durante una fiesta con carabinas.

El conjunto de sonidos que vino después le hizo entrar en éxtasis: el látigo chocando contra su piel y los ligeros gemidos provocados haciendo eco en la iglesia resultaban ser música celestial para sus oídos. Compuso su propia sinfonía, que provocaron tanto las delicias del intérprete como del instrumento. Besó su espalda enrojecida mientras le liberaba de su crucifixión; en cuanto se soltó volvió a colocar en la posición inicial, con las manos en la nuca; ella le llevó hasta el altar y le hizo que se tumbara sobre él, al sentir el frío de la piedra sobre la espalda ardiente soltó un gemido de agradecimiento a la vez que ataba sus manos juntas al candelabro del cirio que quedaba más cercano a su cabeza. Ella se subió sobre la mesa del altar, de pie, acercó el tacón de la bota a su cara, él enseguida supo que tenia que hacer, empezó a chuparlo como si fuera un chupachups ,al igual que la suela y la puntera de la bota. Clavó ligeramente el tacón en su pecho, que le provocó un suspiro de placer.

Se arrodilló a la altura de su cara; bajo su atenta y sorprendida mirada se sacó las bolas, completamente empapadas; las acercó a su boca y él las lamió y chupó con fruición; le amordazó con ellas dentro de la boca y un poco de la cuerda de látex que le había dado; el brillo de sus ojos le pedía que siguiera, al igual que su erección ya imposible de disimular; cogió uno de los cirios encendidos; se sentó sobre su sexo, aún cubierto por el boxer, aunque sabia que él sentía su coño húmedo al igual que ella podía sentir su polla dura a través de la fina capa de tela.

Empezó uno de sus juegos favoritos para estas ocasiones. Le gustaba derramar cera sobre el pecho de su esclavo en esa posición; al sentir el calor de la cera el esclavo inevitablemente se movía rozando la polla con su clítoris, ella sólo tenia que aumentar el ritmo de las gotas de cera para correrse con el movimiento del potrillo entre sus piernas. El dibujo de una cruz sobre su magnífico torso con las gotas de cera le condujo a su primer orgasmo, que el recibió con una sonrisa a través de la mordaza. Liberó su boca de la atadura y las bolas; inconscientemente se mordió los labios, signo que ella tomó como una provocación y acercó su coño a su boca; deseaba probar ya su lengua y hacer realidad la imagen de esos ojos entre sus piernas que le llevaba rondando toda la semana. Sus deseos no se hicieron esperar, y enseguida notó como su cálida lengua comenzaba un experto trabajo que de nuevo le hizo estallar en un intenso orgasmo.

Ya no podía mantener su cabeza un mínimo fría. Llevar el rol de Ama era su estilo habitual, pero lo que el cuerpo le pedía en ese momento era un polvo salvaje sobre la mesa en la que estaban. Y así se lo hizo saber, siempre por gestos, nunca con palabras, mien-

tras le arrancaba los boxer y se clavaba su polla hasta el fondo con un gemido que resonó incluso fuera de la iglesia; al tiempo soltaba a su potro de las ataduras de las manos, que como premio, acabaron sobre sus pechos. Le gustaba sentir sus manos grandes pellizcándole los pezones mientras le estaba cabalgando. Como experta amazona con facilidades para el orgasmo, alcanzó la terna entre los jadeos y suspiros de ambos. Si ver sus ojos bajo ella le excitaba, sus gemidos lo hacían por igual.

El se sentó en la mesa, aún dentro de ella, rodeado por sus piernas, estuvieron unidos besándose al ritmo del leve compás de sus caderas; lentamente la fue tumbando hasta que su espalda tocó la fría piedra, lo que hizo que se arqueara; momento que aprovechó él para lamer y mordisquear sus pezones; sutilmente había conseguido colocarse ahora encima de ella, postura en la que también había soñado con ver sus ojos.

Tomó una de sus piernas y sin dejar de moverse lamió el tacón de la bota sin dejar de mirarla a los ojos; nuevamente el delirio, mientras acariciaba su clítoris al ritmo del extasiado vaivén ante otra de las imágenes perfectas que se estaban sucediendo aquel día. Ya estaba fuera de sí. Y quería más. Mucho más. Estaba cumpliendo una fantasía, más bien su fantasía con mayúsculas, y no iba a desperdiciarla.

Buscó sobre la mesa las bolas chinas; mientras él seguía penetrándola, las lamió lascivamente, y con un pequeño movimiento de cadera se quedó sentada frente a él con las piernas abiertas y dobladas. Vio en su rostro reflejado una expresión de ilusión extrema que le llamó la atención, la cual enseguida se tornó en lujuria al ver como se metía las bolas en el coño mientras se chupaba un dedo como una niña buena, y acto seguido se colocaba a cuatro patas ofreciéndole su culo. Un gemido de excitación se escapó de la garganta de él ante tal ofrecimiento, al igual que se le escapó a ella cuando sintió su lengua lubricando la zona. Un nuevo orgasmo recorrió su cuerpo cuando sintió como la penetraba lentamente hasta llenarla; como las bolas chocaban entre ellas con sus movimientos, cada vez más acelerados, y acompañados por ligeros azotes que le hicieron correrse por enésima vez llenando la iglesia con sus gritos.

Sin dejar de penetrarla, sacó las bolas de su coño y las cambió por su polla; la volteó volviendo a dejar su espalda sobre la fría piedra; ella también quería volver a mirarle a los ojos. Sus fuertes brazos elevaron su pelvis hasta su boca, dejando su cuerpo formando un ángulo de 45 grados; su lengua ejerció como refrescante del fragor de la batalla en un principio, pero acabó provocándole un nuevo orgasmo; sin darle tregua, utilizó su relajación muscular de después para meterle nuevamente las bolas, esta vez por detrás ocupando el espacio que acababa de dejar su polla, y volver a penetrarla con fuerza a la vez que le mordía los pezones para dejar la ternura a un lado y convertirse en los seres tremendamente cachondos que eran en ese momento. Sus ojos se habían transformado en los de un animal en celo fuera de sí que busca satisfacer sus instintos; ella quería que lo hiciera, que la marcara por dentro y por fuera como si se tratara de una vulgar zorra; quería sentir su semen en su boca, en sus tetas, en su culo, en su coño; empezó a gemir como una perra cuando sintió como aceleraba su ritmo en las embestidas; volvió a sorprenderla cuando eligió eyacular sobre sus tetas; le encantaba sentir el semen caliente resbalando por sus pezones y extenderlo sobre su pecho.

Se quedó tumbada sobre la mesa del altar. Acababa de tener una decena de orgasmos con un hombre cuyo nombre seguía desconociendo. El se acercó y le sonrió. Le besó mientras le ayudaba a bajarse de la mesa del altar y recuperar su ropa. Seguían sin mediar palabra, aunque el brillo de sus ojos lo decía todo.

Salieron de la iglesia, esta vez cogidos de la mano, de vuelta a la moto que seguía al otro lado del muro, testigo silencioso de aquel encuentro. Por la posición del sol sabía que pasado varias horas desde que entraron, pero no sabía ni cuantas ni realmente le importaba. Si en ese momento se hubiera acabado el mundo, le importaría poco; estaba viviendo un sueño, y sabía que era real por el delicioso escozor que sentía en sus pezones.

Iniciaron el camino de vuelta. ¿Y ahora, que pasaría? . Ahí se acababa la historia ? se hizo mil preguntas sin respuesta concreta, aunque solo una de ellas si la tenía. ¿ Quien era él ?

Llegaron al punto inicial donde había empezado toda la historia, la puerta del edificio. Vio a su amiga en la entrada esperándola, se había olvidado por completo de su cita. Se alegró en cierto modo de que estuviera allí, una imagen vale más que mil palabras y esa historia contada, era difícil de creer para cualquiera.

Aparcaron delante de su amiga, y ambos se bajaron de la moto. Ella se quitó el casco ante la sorprendida mirada de su amiga, aunque la alucinada fue ella segundos más tarde cuando oyó que su amiga se dirigía a su acompañante:

-¿Que haces tú aquí ?

Rápidamente le miró. Miró a su amiga. Volvió a mirarle a él, que ya también le miraba a ella con una sonrisa picarona dibujada en sus ojos.

-¿Que haces con mi hermano ?

Creía que se le iba a salir el corazón por la boca. Su él, era el hermano de su amiga. El dueño de la cama en la que tantas veces se lo había montado con su propia hermana. El mismo hermano que en ese momento le confesó que llevaba enamorado de ella desde el día que la vio masturbándose con su mando de la playstation. El mismo que en su adolescencia siempre tenía una cámara grabando hacia su cama para ver si su hermana tocaba sus cosas cuando no estaba en casa, y que un día se encontró con el espectáculo de tener a la mejor amiga de su hermana frente a la cámara teniendo un orgasmo salvaje con ayuda de la consola; él era el hermano que desde aquel día grabó a diario con la esperanza de encontrarse con alguna sorpresa cuando llegara a casa; el mismo hermano que día a día se fue enamorando lentamente de sus gemidos y sus fantasías; el que casi lloró cuando le concedieron la beca en Japón que le mantendría alejado de ella durante diez años; el mismo que durante este tiempo fue planeando el momento que acababan de tener cumpliendo al detalle las fantasías que ella le susurraba sin saberlo

en sus grabaciones; el mismo que sabía que le haría la mujer más feliz del mundo; el mismo por el que sabía que por lo menos mañana, no iría a trabajar.

Madrid, 10 de Diciembre de 2008